

gos para el robo y el adulterio por la razón sencilla de que entre ellos no han ocurrido de tiempo inmemorial asesinatos, ni heridas graves, ni incendios ni otros delitos capitales. Las descripciones que poseemos acerca de los alfores paganos de Ceram resultan también favorables á éstos en punto á determinados delitos; así por ejemplo, el capitán Schulze dice que nunca observó indicio alguno de adulterio, y análoga impresión produce el hecho de que los catalanganes de Luzón castiguen el robo con la hoguera. Igual rigorismo encontramos en Atschin en donde algunas faltas leves son consideradas como delitos graves, y en donde todo el que encuentra un ladrón dentro de su propiedad tiene el derecho de darle muerte, sin consideración alguna. Si en vez de matarle lo lleva ante el juez, el reo de un robo insignificante es condenado á la pena de azotes ó á la de horca; si el valor de lo robado excede de un *tahil* se le desuella al ladrón la mano derecha; si pasa de 5 ó si el culpable es reincidente se le cortan las manos y los pies; si excede de 10 se le empala. A los salteadores de caminos se les quema vivos.

A falta de otras pruebas son siempre los juicios de Dios el medio de resolver las cuestiones de derecho empleándose también con frecuencia la prueba del fuego: las ordalias consisten en sumergirse en el agua, en sacar un anillo de un caldero de aceite hirviendo ó en pasar un hierro candente por la lengua. Cuando el presunto culpable persiste en negar el delito y el juicio de Dios no ha dado resultados claros, decídese la cuestión en algunas islas como por ejemplo en Timorlaut, por medio del desafío. Los castigos corporales son allí desconocidos. Los tagalos han aceptado del cristianismo la prueba del cirio en la cual el sagrado cirio encendido se inclina del lado del culpable. Hans Meyer dice que entre los igorotes á los litigantes se les rasga el occipucio con afiladas astillas de bambú hasta que de la herida mana sangre siendo considerado culpable el que más sangre pierde. Otra de las ordalias existentes entre los igorotes consiste en examinar la cantidad de bilis que contiene una gallina muerta al fuego.

La superstición interviene también en el derecho penal por cuanto los culpables de adulterio ó de incesto son sacrificados en épocas de grandes calamidades para aplacar la cólera de los dioses. Cuando un lubu tiene que prestar juramento, el dato ó doctor hechicero declara que la familia que ha de jurar será destrozada por tigres, arrastrada por las aguas y devorada por cocodrilos si falta á la verdad, después de lo cual toma un pedazo de madera encendida, lo introduce en el agua y dice: «De la misma manera que el agua extingue el fuego morirás si mientes.» Entre los alfores de Halmahera el juramento se refuerza bebiendo el agua de la espada, es decir el agua en que se sumergen las armas del que jura; los alfores de Ceram juran introduciendo su espada ó su lanza en un barrilito de *arraik* dentro del cual se ha echado previamente un pequeño cocodrilo de madera y una estatua mal modelada á golpes de hacha y con buril. La justicia se administra generalmente al aire libre y á menudo junto á árboles ó peñascos sagrados.

La alianza formada por los alfores de Ceram á la que pertenece la tercera parte de los pattah-siwahs (véase página 621) tenía, al parecer, por objeto evitar la dominación extranjera, pero andando el tiempo se convirtió en institución encaminada principalmente á zanjar las contiendas sin intervención alguna del gobierno. Cada individuo de la misma ostenta una cruz en el pecho trazada por el procedimiento del tatuaje: para entrar en ella se exige la edad de 15 á 16 años y los neófitos permanecen 14 días en una

cabaña escondida en medio del bosque en donde son instruídos por un maestro. Esta alianza tiene un consejo llamado *Kapala Senirie* que se divide en tres grupos y que apela, en caso necesario, á la decapitación para hacer cumplir sus sentencias.

El *pomali*, *pali*, *padi*, *fosso* ó *sassie* no sólo hace las veces del tabú de los polinesios sino que tiene más bien el carácter del mugul de los micronesios que designa lo que es moral y justo y tiene muchos puntos de contacto con el *uhum* de los dajakes, no adquiriendo el carácter de tabú hasta que se aplica á fines religiosos y políticos. El pomali tiene muchas y muy diversas aplicaciones. Algunos lugares determinados son tabúidos empleándose generalmente para ello el procedimiento de colgar un manojó de hojas de palma á fin de que nadie pase por ellos: los tales sitios son tabúidos desde tiempo inmemorial ó son designados como pomali por los ancianos que se fundan para ello en su experiencia y en su sabiduría. A los alfores de Halmahera les está prohibido mirar el mar. Las prohibiciones de comer ciertos manjares se robustecen con el pomali, así por ejemplo los alfores de Halmahera se abstienen de la carne de ciervo y de cerdo y de los pescados. El tocar á la mujer de otro es también pomali en la isla de Ternate. Aldeas enteras se declaran pomali é imponen severos castigos y aun amenazan con la muerte á los extranjeros que las violan. Michielsen encontró en Boven-Katingan algunos comerciantes chinos que unos días antes habían estado en una aldea situada junto á un río en donde los dajakes les habían impuesto una fuerte multa, 120 reales, por haber violado la aldea que era pomali y habiéndose negado ellos á pagarla armáronse los habitantes de la misma y sólo gracias á la superioridad de los extranjeros pudo evitarse una colisión sangrienta. El capricho que reina en materia de los tabús indica que también hay aquí muchas preocupaciones que califican de prohibidas multitud de cosas.

El *fadi* de los madagascarenses no es ya el tabú de los polinesios puro, rigurosamente observado y aplicado á toda clase de relaciones, pues si bien es bastante poderoso aparece postergado ante la fuerza de otras supersticiones que tanto abundan en su isla. Más en armonía con el sentido malayo que con el sentido polinesio el *fadi* equivale á prohibido, de mal agüero, intangible y sagrado; puede aplicarse á las cosas é ideas más diversas y varía en cada distrito, así por ejemplo las gallinas son *fadi* para los habitantes del distrito de Behare en la costa meridional de Madagascar, no pudiendo ser introducida en él ninguna de estas aves y estando prohibido disparar sobre pájaros. Digamos de paso que con las gallinas y con los gallos están íntimamente unidas muchas supersticiones; los antanosos, por ejemplo, admiten los gallos como regalo, pero el donador al entregarlos tiene que arrancarles una pluma é introducirlos por el extremo inferior para demostrar que no están hechizados. En otros puntos lo que aquí pasa con los gallos sucede con los perros ó con otros animales: este carácter de tabúidas que se da á las bestias puede ser considerado como una reminiscencia del *kobong* australiano ó del *totem* indio que, aunque debilitados, encontramos también entre las tribus sud-africanas. Grandísima influencia ejercen los días *fadi* que se consideran como nefastos hasta el punto de que los antanosos, según testimonio de Grandidier, entierran vivos á todos los que durante ellos nacen. Los reyes como iniciados en la ciencia antropológica son llamados á consejo en el acto del parto para declarar si el día y la hora son fastos ó nefastos. Hildebrandt refiere el siguiente hecho que puede ilustrar acerca de esta costumbre: el anterior primer ministro y esposo de la reina de Antananarivo había naci-

do en un día nefasto, razón por la cual hubiera debido ser sacrificado, pero los hechiceros, á cambio de dinero y de buenas palabras, determinaron que sólo se le cortara un dedo como así se hizo. Cada ídolo tenía antiguamente en Imerina su día *fadi* durante el cual no trabajaban los que á él estaban especialmente consagrados. En la actualidad, todo hova acomodado tiene todavía su día *fadi* absteniéndose durante el mismo de comer ciertos manjares y permaneciendo en un aislamiento absoluto. El número singular inspira también temores, de suerte que una carga no puede ser llevada por un hombre solo sino por dos; el número 12, en cambio, es un número bueno: el rey tiene 12 mujeres, en Imerina hay 12 lugares sagrados, 12 ascendientes del monarca, 12 pecados capitales, 12 jueces para juzgarlos, etc. En la mayoría de estas cosas encontramos las mismas ideas extrañas y caprichosas que vemos en las supersticiones de los fetiches y raras veces se observa un fundamento concreto para una clase determinada de *fadi*: algunas veces éste reconoce por causa etimológica populares, así por ejemplo el número 6 (*tinina*) aparece como raíz de la palabra *manenina* (compadecer, arrepentirse) y la palabra ocho (*valo*) recuerda desgraciadamente el *fáhavalo* (enemigo).

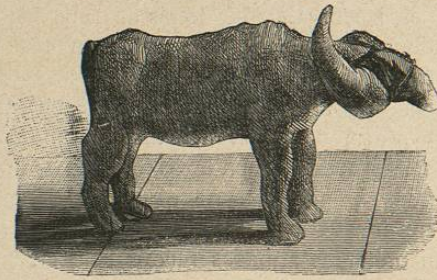
El gran papel que en las creencias malayas desempeñan las almas de los fallecidos da extraordinaria importancia á los usos que se relacionan con la muerte y con los sepelios. Los dos rasgos capitales que vemos reproducidos en todos los pueblos de este grupo son: los sacrificios que se hacen junto á la tumba y las plegarias que se entonan en honor de las almas que se aprestan á hacer la difícil travesía al otro mundo ó que ya residen en él y sobre todo las fiestas que en tales ocasiones se celebran, fiestas que, según la descripción que de las creencias de los igorotes hace Villaverde, tienen también por objeto llamar á las almas que están ya en camino para la otra vida, pues los igorotes creen en dos clases de muertes, una en la cual el alma puede volver á la tierra y otra en la que aquélla desaparece para siempre: las fiestas sólo sirven para la primera. Hasta los ilongotes más pobres de Luzón colocan en las tumbas de sus muertos algunas provisiones para el viaje á la eternidad, hecho lo cual se celebra una fiesta que consiste en comer y beber los que han llevado el cadáver todos los víveres y el vino de palma que posea el difunto. Los mismos battas que no hacen grandes fiestas con ocasión de los tres grandes períodos en que dividen la vida humana (nacimiento, madurez y matrimonio) echan en punto á ceremonias y festejos el resto cuando se trata de la muerte: el cuerpo del difunto es objeto de cuidados especiales y se provee á las almas de los fallecidos de manjares, bebidas y dinero para el gran viaje que han de emprender hacia el otro mundo. En algunos casos estas atenciones resultan muy perjudiciales para los sobrevivientes; así por ejemplo los ricos de Holontalo hacen sacrificios de flores y dinero junto á la tumba de un pariente durante los cuarenta días que siguen á su fallecimiento. Los suluanos ofrecen con motivo de un entierro un «espectáculo horrible» según expresión de Pazos, después de haber permanecido los parientes, por espacio de ocho días, en una choza construída junto á la tumba sin cesar un momento de lamentarse. Entre los milanos de Borneo los amigos del muerto se reúnen unos meses después de ocurrido el fallecimiento para celebrar una gran fiesta y una riña de gallos que dura 3 ó 4 días y cuesta la vida á 3 ó 400 gallos inmolados en honra y gloria del difunto. Los alfores de Halmahera celebran la fiesta durante un mes y aun más con una serie de festejos cuyo significa-

do han olvidado tan por completo que cuando se les pregunta sobre ellos contestan invariablemente: «esta es nuestra costumbre; nuestros antepasados también lo hacían y nosotros les imitamos.» El misionero holandés van Baarda refiere que á consecuencia de estas fiestas y especialmente de los gastos que ocasionan los suministros de víveres, algunos quedan reducidos á la miseria y se marchan lo más pronto posible al extranjero para ganar el dinero que luego volverán á derrochar en otra ocasión análoga. De aquí que siempre sean pobres y que con razón puedan decir «que su *adat* (costumbre) es el objetivo de su vida.»

He aquí el programa á que se ajustan en Halmahera estos largos funerales: lo primero que se hace es desenterrar los huesos en cuyo honor se celebra la fiesta y colocarlos en una sencilla cajita de madera en la que, con frecuencia, son trasladados muy lejos por mar, hecho lo cual procede colocarlos en una pequeña «choza para huesos» utilizada ya para otras cajitas ó levantada *ex profeso* para aquella ocasión y situada generalmente detrás de la vivienda. Antes, empero, de verificarse esto han de celebrarse las siguientes fiestas y prácticas: durante varias noches seguidas comparecen al lugar de la ceremonia varios jóvenes y muchachas que entonando monótonos cantos tiran por ambos extremos de una cuerda, operación en la cual no siempre proceden con la debida decencia; luego las mujeres y las muchachas vestidas con todas sus galas, acompañadas de una música y convenientemente armadas recorren las aldeas vecinas para forrajear y después de esto las muchachas se dirigen al mar para recoger sal con que aderezar los manjares. En seguida se planta en la aldea un árbol alto adornado con flámulas y á su alrededor dan vueltas á los acordes de una música durante la primera noche los jóvenes y las muchachas y durante la segunda las mujeres casadas. A la noche tercera comienza el banquete al cual acuden de todos lados las casadas vestidas con sus mejores ropas y adornos, llevando en hombros fuentes y vasijas de hermosa porcelana llenas de arroz, de tortas ó de pastas y ejecutando una danza á cuyo compás se acercan lentamente á la casa del que da la fiesta en la que no pueden penetrar hasta que los habitantes de ésta las despojan de su carga. En el caso de que tengan que esperar demasiado rato, se enfurecen y comienzan á arrojar al suelo puñados de arroz ó tortas y pastas, y entonces los que dan el banquete se apresuran á salir para recibir los regalos. Las convidadas se acercan bailando hasta llegar al árbol de la fiesta á cuyo alrededor se agitan, uniéndose á ellos nuevos grupos y sucediéndose sin cesar danzas y ruedas. De cuando en cuando algunas se alejan de la fila para cambiar el traje que visten con otro que traen á prevención á fin de que de este modo puedan ser admirados todos sus tesoros: esta operación se repite dos, tres y hasta cuatro veces saliendo á relucir con este motivo los más cómicos disfraces y poniéndose algunas cuatro ó cinco prendas distintas unas encima de otras. Después de pasar el día en danzas y ruedas, al llegar la noche siéntanse todas á descansar debajo del árbol. Al cuarto día se presentan los hombres vestidos con sus mejores ropas y trayendo también manjares, vino de palma y betel: ofréncense unos á otros el dulce vino y cuando éste empieza á dejar sentir sus efectos, comienzan ellos sus danzas guerreras armados de espadas y escudos. Estos días en que se juega, se baila, se come y se bebe se repiten hasta que llega el día último en que el entierro de los huesos pone término á la fiesta.

En la mañana de este último día de fiesta todas las doncellas de la aldea llevando cada una una banderola y una antorcha y ostentando sus mejores galas organizan una pro-

cesión al compás de una música, precedidas por tres niñas que llevan una un palo, otra un sombrero y la tercera un escudo y una espada. De esta manera recorren varias aldeas en cada una de las cuales se detienen para cantar y para excitar á los jóvenes y á las muchachas á que repitan la ceremonia antes mencionada de tirar la cuerda. Por la tarde regresa la comitiva dando solemnemente la vuelta á la casa del que da la fiesta y á la casita de los huesos, después de lo cual llega definitivamente el momento de dar sepultura á éstos, para lo cual los hombres sacan la cajita de la casa y la trasladan á la casita mientras las mujeres lloran amargamente; en seguida los hombres expertos en ello colocan las banderolas y las antorchas alrededor de la casita adornándolas con guirnaldas de alburno teñido. Hecho esto, se coloca en el fondo de la sepultura un pequeño sombrero, una caja de betel, esteras y almohadas y se esparce un poco de arroz y de plátano para que cuando el espíritu visite sus



Amuleto de los gitanos de Luzón; hecho con cera (Colección del Dr. Hans Meyer, Leipzig) $\frac{1}{2}$ de su verdadero tamaño.

huesos encuentre allí algo que comer. Comienza luego la operación de tirar la cuerda interrumpida por otro juego denominado *tokú* (véase pág. 598) y entre uno y otro se llega á la mañana; entonces las muchachas y los niños cogen la cuerda y la arrojan al mar, con ocasión de lo cual tratan todos de arrojar agua unos á otros no regresando á sus casas hasta que están completamente mojados.

Tienen, además, los malayos otros muchos juegos que sólo se practican en las fiestas mortuorias; figura entre ellos el *toping* que recuerda los bailes de máscara y que consiste en lo siguiente. Uno de los *topingistas* mete la cabeza en una calabaza provista de dos agujeros que corresponden á los ojos mientras otro, que representa la *kuda*, se tapa con un paño encarnado y se introduce en una caja hecha con listones de bambú y abierta por arriba y por debajo que le coge desde el ombligo hasta debajo de los brazos. En la parte de esta caja correspondiente á la región umbilical va clavado un largo palo movedizo en cuyo extremo hay una cabeza de pájaro rinoceronte (*Buceros rhinocerotoides*); en el palo van atados dos cordones que sostiene con sus manos el *topingista*, quien lleva por detrás una cola hecha con trapos viejos, de modo que tiene todo el aspecto de un pájaro rinoceronte. De los dos *topingistas* el uno se denomina el *hombrecito* y el otro la *mujercita* y ambos hacen sus bufonadas delante los allí reunidos pidiéndoles *sirih* y tabaco, espantando á las mujeres, etc. De cuando en cuando los dos bailarines son reemplazados por otros camaradas. Hagen oyó decir, y esto puede dar alguna luz sobre el significado de este juego, que uno de los *topingistas* se pone una máscara de madera que representa ó por lo menos ha de representar la efigie del difunto. En estas fiestas, que siempre se celebran á costa de los herederos lo cual explica su larga duración, representan el papel principal los búfalos á los cuales se les ata á una estaca adornada con rama y flores y se les atraviesa el corazón con una lanza. Por

la manera cómo cae muerto el búfalo presagian los *gurús* si el kampong que ha facilitado el animal para el banquete mortuorio está amenazado por alguna desdicha ó si, por el contrario, le espera buena fortuna: si cae del lado izquierdo, indica suerte; si del derecho, significa guerra ó enfermedad. Los *sihongs* de Borneo celebran fiestas (*djama*) que duran siete días y durante las cuales se queman los cadáveres que de una á otra *djama* se han ido recogiendo. Las sacerdotisas piden durante las siete noches á *Hatalla-Itong* que prepare todo lo necesario para los funerales y dejan oír grandes lamentos á cada ataúd que es llevado á la hoguera; las cenizas son luego colocadas en los sepulcros de las respectivas familias que están emplazados sobre estacas. Siete días después de la *djama* se celebra la fiesta póstuma, denominada *sivah*, para la cual se construye una estatua fálica y todos los que en ella toman parte se untan con la sangre de los animales sacrificados.

También los madagascarenes dan gran importancia á que los entierros se verifiquen no sólo con regularidad sino con las mayores ceremonias posibles, pues temen que las almas de los difuntos se ofenderán y tomarán venganza si no se atiende cuidadosamente á su sostenimiento después de la muerte. De aquí que traten con gran ceremonia no sólo al cadáver sino también más adelante á la tumba. Una parte por lo menos del cadáver ha de ser enterrada conforme dispone la ley. Los amigos y parientes del difunto visitan la casa de éste delante de la cual se da muerte á una porción de bueyes que le pertenecían y cuya carne sirve á menudo para la comida de muchas semanas. En el acto de enterrar á un rico hova que posea, por ejemplo, 3,000 cabezas de ganado, se sacrifica en honor del mismo la sexta parte de este rebaño. En esta como en todas las fiestas de esos pueblos representan un papel importantísimo la música y el baile. Los más próximos parientes del muerto se sientan llorando en el suelo delante del cadáver yacente en el lecho mortuorio y algunos de ellos agitan constantemente abanicos de color de escarlata puestos en largos palos para alejar las moscas y las influencias malignas. El traje de luto consiste en tejidos burdos de color oscuro; los que lo visten llevan, además, el cabello suelto. El cadáver es conducido á la tumba en una especie de parihuelas acompañado de los que llevan el duelo, verificándose este acto en medio de músicas y disparos de fusil. Generalmente las fosas están orientadas hacia el Norte ó hacia el Este. Los que mueren fuera de su país son transportados á sus sepulcros patrios. Hildebrandt vió en muchas cabañas de los sakalaves mechones de peinaduras y habiendo preguntado qué significación tenían le contestaron que eran enterrados en vez del individuo á quien pertenecían en el caso de que éste falleciera en el extranjero. El propio autor hablando de los sakalaves del Sud escribe: «Lávase el cadáver y se le perfuma con la resina *emboki* del árbol copal: los pulgares y los dedos grandes de los pies son atados con fibras de *Raphia* y las manos colocadas sobre el vientre. El cuerpo estirado y vestido con sus mejores ropas es introducido en una fosa que casi tiene seis pies de profundidad con la cabeza mirando hacia el Este; junto á él se depositan algunas ropas y todos los utensilios de hierro que en vida le pertenecieron. La fiesta termina con danzas y banquetes.» En algunas tribus, como la de los *sihanakas*, colócase un puchero con excrementos de vaca encendidos en el extremo de la fosa correspondiente á la cabeza á fin de que si el muerto siente frío tenga fuego. Además de esto, lánzase una maldición contra el que ha sido causa de la muerte.

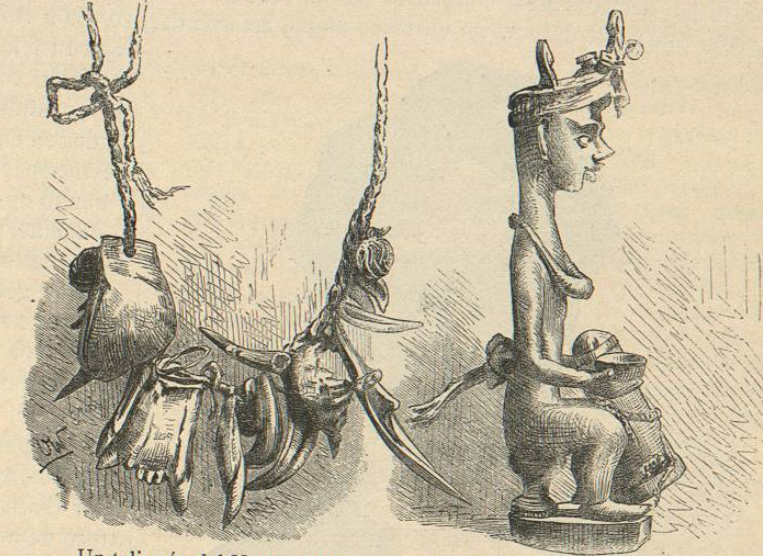
Un montón de piedras, ó una sola roca ó también algu-

nas flechas de piedra indican el sitio en donde está emplazada una tumba. Las personas de alta categoría son enterradas en sepulcros de grandes dimensiones, así por ejemplo los sakalaves entierran á sus caudillos en las colinas, construyendo con baldosas de piedra arenisca sin mortero unos montones de piedra de cinco metros de longitud y latitud por dos de altura, y veneran sus restos así sepultados cual si fueran reliquias de santos. A la gente vulgar se la enterra en montones de piedra de forma prolongada y mucho más pequeños, que los viandantes se encargan de agrandar arrojando piedras sobre ellos. Algunas tribus colocan junto á las tumbas las cabezas de los bueyes sacrificados para el banquete mortuorio clavadas en perchas; los hovas agregan á éstas pequeñas banderolas de distintos colores. Los caudillos son á menudo enterrados en el centro de sus aldeas. Las sepulturas son siempre *fadi*, á pesar de lo cual son frecuentes entre los hovas los robos de las mismas, siendo esto debido á que, como hemos dicho, los cadáveres son enterrados con sus mejores vestiduras y con varios objetos de valor. Los descendientes se hacen enterrar con preferencia cerca de sus antepasados; los cadáveres de los hombres ilustres han de ser á menudo llevados á sitios distantes muchas jornadas antes de que puedan conseguir el eterno descanso. Cuando llega la época del solsticio los hovas visitan las tumbas de sus parientes vestidos de luto. La veneración religiosa que los hovas consagran á sus tumbas opone tantos obstáculos á la adquisición de cráneos hovas legítimos que la investigación craneológica de este pueblo se hace por esta razón en extremo difícil. Sibree opina que todos los cráneos que hasta ahora han sido tenidos por hovas son en su mayor parte cráneos de esclavos.

Aun cuando los sistemas de enterramientos son distintos en cada tribu, en todas encontramos como idea fundamental la de un descanso concedido al alma que se dispone á emprender el viaje al otro mundo, como también la previsión de que pueda el alma volver al lugar en donde está enterrado su cuerpo. Las causas de la elección de uno ú otro sistema de sepelio están en parte determinadas por consideraciones de carácter práctico y en parte son buscadas en inspiraciones sobrenaturales. Un *batta* de Timor dijo á Hagen: Cuando un rajah enfermo ha de morir, un sueño se lo anuncia algunas noches antes indicándole al propio tiempo la manera cómo su cuerpo habrá de ser enterrado; entonces lo comunica á sus parientes, los cuales proceden con su cadáver ateniéndose estrictamente á las instrucciones de él recibidas. La siguiente narración demuestra cuán exactamente son obedecidas éstas: un gran rajah de Timor ordenó antes de morir que no se diera sepultura á su cuerpo mientras no llegara el rajah Mangeli, pero como nadie conocía un rajah de este nombre, el cadáver permaneció años y años en su catafalco y el nuevo rajah llegó á ser pobre á consecuencia de los gastos que las continuas ceremonias funerarias le ocasionaron, pues éstas debían durar, según el *hadat*, hasta el día en que se procediera al entierro. A veces estos lapsos de tiempo durante los cuales el cadáver no puede ser enterrado se prolongan algunos años permaneciendo todo este período el sarcófago sobre la tierra.

La cremación de los cadáveres se verifica en algunos puntos, pero lo más común son los sepelios. Las sepulturas afectan formas muy variadas: en Sumatra los cadáveres

son colocados en un departamento lateral practicado en la fosa; entre los lamponges la tumba está cubierta con un alto techo sobre el cual se coloca un montón de tierra y dos pedazos de madera octogonales; en Borneo hay sepulcros formados por varias gradas sobre las cuales construyen los maanjanos un catafalco coronado por una choza en miniatura que contiene los utensilios del difunto. En esta isla es general la costumbre de plantar junto á la tumba una palmera *sirong*; en Halmahera se colocan malezas á la cabeza y á los pies de la fosa. Los harapos que se cuelgan en las sepulturas han de servir de juego á los demonios. Otras diferencias ofrecen los enterramientos entre los *battas*, cuyos sepelios resultan de corta duración comparados



Un talismán del Norte de Borneo y una imagen de antepasado de Nias. (Museo Etnográfico, Dresde)

con lo que es costumbre general de los malayos: cuando el cadáver no ha de ser quemado sino enterrado, celébrase una sola fiesta mortuoria que dura tres días, transcurridos los cuales se construyen unas anchas parihuelas de *niebung* ó de bambú sobre las que se coloca el ataúd, y á cuyo alrededor se sientan los *anakborus* y los *saninas* del difunto. Uno de los primeros tiene abierto un parasol sobre el sarcófago, para cuya conducción se necesitan á menudo 50 ó 60 hombres, dirigiéndose la comitiva hacia el bosque al punto en donde ha de verificarse el entierro: una vez allí entiérrase simplemente el ataúd colocándose en el extremo de la fosa correspondiente á la cabeza el parasol y clavándose en el mismo y en el de los pies largas perchas con flámulas blancas. Por espacio de cuatro días se sigue poniendo comida en el sitio que en la casa ocupaba el difunto y durante cuatro días más en la tumba pronunciándose en el acto de dejarle los manjares estas palabras: «hé aquí tu arroz, ¡come!» Los niños son enterrados debajo de las casas y á los adultos se les encierra en ataúdes y se les sepulta sin grandes ceremonias en las casas de ceniza ó de huesos de la familia.

Sin embargo, este enterramiento es, en muchas tribus, transitorio, pues como en virtud de sus creencias nada tienen en tanta estima como los restos de sus antepasados, procuran muchas veces tributarles, después de algunos años, altos honores desenterrando sus huesos y colocándolos en una tumba construida sobre el suelo que sirve al propio tiempo de mausoleo. Teniendo en cuenta lo muy pronto que se adoptó el enterramiento definitivo veremos que esa costumbre fué la primera que se perdió por razones indudablemente prácticas, especialmente por economía ó por indolencia. Siempre que fallece una persona adulta